El Mexicano, posibilidad de ser y trascender

Dr. Marcelino Trujillo Méndez

México
2017

EL MEXICANO, POSIBILIDAD DE SER Y TRASCENDER

Normalmente acostumbramos generalizar cuando abordamos algún tema o problema que afecta gravemente nuestra realidad individual: así nos parece mejor hablar de que todos piensan, todos afirman, todos dicen; y en esa pluralidad, que como abanico en manos de una dama, queda abierto para el vaivén delicado o enérgico que genera el proceso de refrescar el rostro por un instante, se pierde el punto que debía vincular tales afirmaciones; de ésta manera, todos dicen todo y al mismo tiempo no dicen nada; todos están de acuerdo y ello significa que ninguno lo ha aceptado; todos viven bien y en realidad ninguno acepta la concepción del vivir bien. En fin, tal parece que es más fácil o mejor vivir, actuar, relacionarse, sin rostro personal; con un rostro colectivo que no es propiamente rostro pero que me protege de la intromisión de los otros en mi YO que no es TÚ.

Pero esto nos plantea la necesidad de formular una pregunta ¿Cuál es mi rostro? Y a

partir de ella sigue nuestra interrogante vital ¿Tengo o no tengo rostro? ¿Por qué lo tengo? ¿Por qué no lo tengo? ¿Para qué lo tengo? ¿Dónde lo puedo encontrar?

En nuestra realidad mexicana actual podemos observar que cada individuo, en mayor o menor medida, se desgasta pretendiendo ser lo que no es; simula, inventa, aparenta una condición que no tiene, una situación que no vive, una fe que no posee; el trabajador hace como que labora; y el patrón, como que le paga; el servidor público hace como que el aparato gubernamental es funcional y el usuario hace como que no hay democracia; el agente de seguridad vial hace que no ve las violaciones al reglamento correspondiente y el operador de un vehículo hace como que no lo violó, previo depósito discreto en la mano del agente, de algo parecido a una gafas de “no ver”; el que se dice creyente hace que tiene fe y el ateo hace como que no la tiene; el maestro hace que educa y el alumno hace que estudia; los padres dejan en supuesta libertad a los hijos haciendo que es la mejor forma

de educarlos y los hijos hacen como que respetan a sus padres, mientras no vulneren su exaltada individualidad.

¿Que sucede aquí? ¿A qué se debe tal estado de cosas? Consideramos que es debido a que no nos hemos dado la oportunidad de ser nosotros mismos, no sólo de éste momento, sino de siglos atrás.

Veamos al respecto: Al parecer desde principios del Siglo XII después de CRISTO (aunque las fechas que ellos apuntaban posiblemente eran de la época en que adquirieron conocimientos del calendario) los pueblos nahuas salieron de una patria común, Aztlán según algunos autores o Chicomóstoc de acuerdo a otros; como quiera que sea, tal lugar representaba la propiedad y el origen de tales pueblos, es decir, cada hombre tiene una necesidad natural de poseer algo y de pertenecer, de ubicar su origen, reconociendo que tal origen hunde sus raíces profundas no sólo en el acto procreador de cada hombre, sino en el creador del hombre y la humanidad que genera

antepasados, recuerdos, leyendas, costumbres, tradiciones, instituciones, sistemas, medios de comunicación, cultura, civilización... que nos son heredados pero que nuestra creatividad hace nuevos y los sigue proyectando en una prodigiosa espiral que hace que nuestra historia sea circular y no horizontal o vertical.

Pues bien, por alguna circunstancia han tenido que abandonar el lugar, el contexto, el medio ambiente, el conjunto de fenómenos sociológicos que los hacía ser y comienzan una aventura, desplazándose a la zona de Mesoamérica, que temporalmente ¿o quizá en forma permanente? Los convierte en unos desenraizados surgiendo la necesidad de encontrarle sentido a tal aventura para volver a ser; por ende, ya en particular, para los aztecas Huitzilopochtli ofrece tal oportunidad; en efecto, este dios joven, “El Guerrero del Sur” es concebido sin contacto carnal; el mensajero de los dioses es un pájaro (que deja caer una pluma

en el regazo de Coatlicue)[1], y es un dios que sacrifica; por lo tanto ser, significa sacrificar pero entendemos que no en el sentido grosero del vocablo que denota angustia, dolor sin sentido, amargura, peso moral, conciencia castigada... ¡ NO ! Al contrario, es según la raíz latina “ofrecer lo Santo”, ofrecer lo que es bueno, lo que vale la pena, lo que mantiene joven y fuerte al guerrero inmortal que cada día al ocultarse el sol, tiene que enfrentarse al poder de las tinieblas, vivir la aventura de volver a ser y es preciso que salga triunfador, para que sea permanente la realidad del Quinto Sol, lo cual toca a Huitzilopochtli, pues ya Quetzalcóatl, el dios del autosacrificio ha creado el mundo arrojándose en la hoguera en Teotihuacan como lo reporta el precioso mito que hemos podido conocer.

Ambos dioses hacen ser a este pueblo guerrero, que en la teocracia encuentra el sistema para construir una identidad de pueblo, quizá de nación. Pero en este momento se ha hecho un

[1] PAZ, Octavio. 1993. El Laberinto de la Soledad. Fondo de Cultura Económica, México.

pueblo exclusivo y dominador, esto es, no es incluyente con los demás pueblos mesoamericanos, incluida la cultura madre; no es su proyecto de nación el vincularlos con el reconocimiento de un lazo fraterno común; es más bien mostrar la supremacía y la soberanía en los términos por ellos concebidos; es gritar su realidad de desenraizados y su necesidad de identidad; también así lo demuestran los nombres de sus tlatoanis, verbigracia: Acamapichtli (Acamapic) El Jefe de las Flechas o Puñado de Cañas; Huitzilihuitl, El Colibrí o Palma de Colibrí; Chimalpopoca, El Escudo Humeante; Itzcóatl, La Vibora Armada de Pedernal o Serpiente Color Obsidiana; Moctezuma (Moctecuhzoma) Ilhuicamina, El Flechador del Cielo; Axayácatl, casa de Agua o Mosco Acuático; Tizóc (Tizozic Chalchiutlatonac), El Agujerado de Jade o Pierna Enferma; Ahuízotl, Perro de Agua o Nutria de Agua; Moctezuma (Moctecuhzoma) Xocoyotzin, Señor Respetable, el más Joven; Cuitláhuac, Mojón de Mierda o Excremento Seco o Alga

Acuática Desecada; Cuauhtémoc, El Aguila que Ataca o Aguila que Cae.

¡Qué profunda necesidad de ser! Y qué dura ha sido la aventura de la búsqueda y el encuentro.

Sin embargo, cuando aparentemente parecía que la encontraban, Quetzalcóatl no sólo no propicia cielos y tierras nuevos en el concepto prehispánico, sino que los traiciona y somete y Huitzilopochtli ya nada puede hacer.

¡Qué dolorosa manera de volver a perder lo que parecía que era su ser! Sus dioses han sido vencidos y no sólo ellos: La Conquista implica la caída de sus tlatoanis, sobretodo el último de ellos, el joven Cuauhtémoc, “Aguila que Cae” ¿Será acaso que su propio nombre prefigura el anhelo no alcanzado de identificarse con una filosofía propia, de surcar el inmenso cielo de la verdad, el conocimiento y el sentido de la vida con raíces profundas en algo o en alguien?

Como quiera que sea, estos acontecimientos nuevamente colocan a los aztecas en la vaguedad del sin sentido, en la

orfandad porque sus padres han perecido; en el nivel del desenraizado que tiene que buscar un nuevo punto de anclaje para construir la comunidad.

La Conquista da lugar a los procesos de aculturación que a nuestro modo de ver, son recíprocos, pues la deculturación y la neoculturación se presentan en ambos líderes de una historia particular; en forma cruenta los aztecas y todos los pueblos mesoamericanos son conquistados y obligados a aprender el castellano, a sobrellevar costumbres, a realizar acciones y concepciones del Viejo Mundo; a pesar de los pesares, de los métodos inhumanos que los españoles utilizan, los indígenas son evangelizados pero no precisamente por compartir la Buena Noticia con fraternidad Cristiana, sino como medio para satisfacer sus individuales, ambiciosos y egoístas intereses. Sin embargo, algunos de ellos, sobretodo religiosos, aunque consideramos que también laicos con plena conciencia de que “el hombre supera

infinitamente al hombre" [2], realizan la obra trascendente: Inculturar el Evangelio, es decir, a partir de la experiencia religiosa de los pueblos mesoamericanos, que "no es un momento de la historia del conocimiento humano, sino un elemento de su misma estructura" [3]; dan y se dan con la Buena Noticia: "Que lo característico del Cristianismo es que el hombre no conoce el sentido de su vida de una concepción científica, ni de un sistema filosófico, sino de una experiencia religiosa, ligada por vía de tradición, a la persona de Cristo. Para el Cristiano, la "esencia del Cristianismo" es **JESUCRISTO"** [4]. Tiene rostro y lenguaje humano que no se pierde en un tiempo histórico determinado, sino que trasciende, porque El es en todo tiempo ya que su humanidad

[2] PASCAL, Blas. Pensamientos, número 438.

[3] Cfr. M. Eliade. Il Sacro e Il Profano, Boringhieri, Torino, 1967; Il Mito dell´eterno ritorno. Borla Torino, 1968; Mito e relata, Rusconi, Milán, 1974; Mircea Eliade en P. Poupard (dirigido por), Grande Dizionario delle Religión; Piomme Citadella Casale-Monferrato Alsisi 1988, nueve edición ampliada, 1990, 623-626.

[4] POUPARD, Paul. 1997. DIOS y la Libertad. EDICEP, España.

es sublimada por su divinidad. Es la propuesta más impresionante del Viejo Mundo.

Por su parte, los aztecas y los pueblos de Mesoamérica en forma incruenta conquistan a los españoles; su religiosidad, su inacabada filosofía, su riqueza en signos, celebraciones, tradiciones, costumbres, leyendas, mitos, arquitectura, técnicas, conocimientos, sinceridad, nobleza y laboriosidad, amén de sus mujeres y varones; se los apropiarán relativamente y de esta conquista nacerá la raza mestiza y el sincretismo en una nueva cultura, la Neoespañola.

Pareciera que en éste punto se consolida ya una identidad; mas la realidad, frustra el proyecto; en efecto, el paradigma neoespañol, en ocasiones salvaje e inhumano, que en forma simultánea se hace feudal, despótico – tributario y capitalista con un claro modelo de economía extractiva para beneficio de la Metrópoli, reviste a la Nueva España pero no la viste; es un modelo que no arranca de la realidad social, económica, política, ideológica y cultural del nuevo pueblo, sino de las concepciones absolutistas y

expansionistas que aparentemente funcionan en Europa.

Asimismo, no puede olvidarse que a ello se agrega el hecho de que cuando los españoles llegan a Mesoamérica existen más de ciento sesenta dialectos fuertes más los dialectos localizados en pequeñas zonas y se puede hablar de la presencia de no menos de cien ciudades – estado que no constituían una nación única.

¿Cómo encauzar tal diversidad para alcanzar la unidad?

Es difícil la respuesta y así lo fue para la Nueva España que durante tres siglos no pudo ser un Estado Mexicano con identidad propia, sino una Colonia española todavía en orfandad, en busca de ser sin conseguirlo del todo.

El español peninsular extraña su madre patria y quiere rehacerla y vivirla en la Nueva España; el criollo se siente español por conveniencia, pero no quiere ser neoespañol y anhela algo que lo identifique. El mestizo ya no se siente indígena y le cuesta reconocer esa parte de su pasado, pero tiene la frustración de no ser

español o no puede vivir en forma plena la grandeza de ser indígena y tampoco está en posibilidad de despreciar totalmente al español porque lleva, de alguna manera, su sangre.

¡ Qué difícil realidad !

Todo ello converge, amén de los demás acontecimientos que tanto interna como externamente se presentan y que sería prolijo enunciar, para que se continúe la búsqueda de un rostro propio dando lugar a la Guerra de Independencia y a su consumación el día Veintisiete de Septiembre de Mil Ochocientos Veintiuno.

¡ Se abre la oportunidad de ser y trascender !

Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Para qué hacerlo? ¿Quién va a hacerlo?

Desde luego se rechaza el “nosotros” porque está en boga la idea liberal e individualista; son más bien “ellos”, esto es, los que lo pueden hacer porque “nosotros” carecemos de soberanía, parece que se la dimos a “ellos”, o más bien, quizá la arrebataron porque

a fin de cuentas “nosotros” no sabemos qué es y para qué es. Además la disputa es entre los ritos masones del momento, yorkinos y escoceses y entre los miembros de cada rito, entre los conservadores y los liberales, entre los nuevos sectores de la “aristocracia”, incluido el cuerpo eclesiástico.

¿Qué decidieron? Inicialmente fundar el Primer Imperio Mexicano, paso lógico si consideramos que durante trescientos años conocieron y sufrieron, o diremos vivieron, tal forma de gobierno.

Enseguida y no mucho tiempo después, vieron el “milagro estadounidense” influidos por las logias masónicas, pero no observaron a profundidad que su pasado, presente y futuro no es el del pueblo mexicano. Sin embargo, “ellos” decidieron imitar el modelo e imponer la República, que después de los serios periodos de inestabilidad política, económica, social, axiológica e ideológica, se “consolida” como democrática, representativa y federal, según el texto de la Constitución de 1857.

¿Acaso aquí finalmente cada persona tiene aquello que le hace ser mexicano; la nueva nación cuenta con aquello que la hace ser mexicana y no otra?

Reflexionamos que no y hacemos nuestras las consideraciones de Octavio Paz al respecto: "... el Mexicano rompe sus ligas con el pasado, reniega de su origen y se adentra solo en la vida histórica... condena en bloque toda su tradición, que es un conjunto de gestos, actitudes y tendencias en el que ya es difícil distinguir lo español de lo indio... el mexicano no quiere ser ni indio ni español. Tampoco quiere descender de ellos, los niega. Y no se afirma en tanto que mestizo, sino como abstracción: como un hombre. Se vuelve hijo de la nada. Él empieza en sí mismo... Esta actitud no se manifiesta nada más en nuestra vida diaria, sino en el curso de nuestra historia, que en ciertos momentos ha sido encarnizada voluntad de desarraigo. Es pasmoso que un país con un pasado tan vivo, profundamente tradicional, atado a sus raíces, rico en antigüedad legendaria si pobre en historia

moderna, sólo se conciba como la negación de su origen... La Reforma liberal de mediados del siglo pasado (Siglo XIX) parece ser el momento en que el mexicano se decide a romper con su tradición, que es una manera de romper con uno mismo. Si la Independencia corta los lazos políticos que nos unían a España, la Reforma niega que la nación mexicana, en tanto que proyecto histórico, continúe la tradición colonial... El Estado Mexicano proclama una concepción universal y abstracta del hombre: La República no está compuesta de criollos, indios y mestizos, como con gran amor por los matices y respeto por la naturaleza heteróclita del mundo colonial especificaban las Leyes de Indias, sino por hombres, a secas; y a solas... Esta separación era un acto fatal y necesario, porque toda vida verdaderamente autónoma se inicia como ruptura con la familia y el pasado. Pero nos duele todavía esa separación. Aún respiramos por la herida. De ahí que el sentimiento de orfandad sea el fondo constante de nuestras tentativas políticas y de nuestros conflictos íntimos. México está tan solo

como cada uno de sus hijos. El mexicano y la mexicanidad se definen como **ruptura y negación**. Y, asimismo, como **búsqueda**, como voluntad de trascender ese estado de exilio. En suma, como viva conciencia de la soledad, histórica y personal. La historia, que no nos podía decir nada sobre la naturaleza de nuestros sentimientos y de nuestros conflictos, si nos puede mostrar ahora como se realizó la ruptura y cuáles han sido nuestra tentativas para trascender la soledad..." [5]

Parece que entonces, lo que ahora constituye el rostro mexicano, aquello que nos identifica, es la ruptura y la negación; la ruptura con un pasado que lastima o sacude a la persona para que salga de su inercia vital; negación de raíces que van más allá del sólo ser mestizo y que ponen al hombre mexicano frente a frente con las preguntas fundamentales de su vida ¿Quién soy? ¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy? ¿Cuál es el sentido de mi vida? Si

[5] PAZ, Octavio. 1993. El Laberinto de la Soledad. Fondo de Cultura Económica, México.

encuentro el sentido, ¿cuál es mi proyecto de vida?

No olvidemos que el fin último de tener identidad es **EL TRASCENDER DEL HOMBRE.**

MÉXICO, HOY.

La historia normalmente es presentada como el estudio de los hechos pasados; sin embargo, tal definición por sí misma, empobrece el concepto y a la propia historia.

En su raíz etimológica la historia es indagación, averiguación, búsqueda. Luego entonces, nosotros asumimos que la historia no puede quedar sumida en la abyección del empobrecimiento de su horizonte. El sentido pleno de la historia nos lleva a conceptualizarla como el ayer, el hoy y el mañana del hombre y la humanidad, en el instante de su ser que es todo tiempo.

La historia refleja la incesante búsqueda de identidad del ser humano y su inagotable posibilidad de proyección.

Por tanto, lo que hemos buscado en el capítulo anterior es precisamente ese encuentro

con la identidad personal y como nación mexicana.

Ahora bien, es una tarea ardua, difícil pero posible.

Recorrer la sistemática relación de hechos del Porfiriato a la Revolución Mexicana, de la Revolución Mexicana a la Guerra Cristera, de ésta guerra al desarrollo del sindicalismo y del Partido Nacional Revolucionario; de ello, a la génesis de los partidos de oposición; del periodo denominado como el Desarrollo Estabilizador o Milagro Mexicano a los acontecimientos de 1968 y de ahí a los modelos de transición que abrieron el espacio político, económico y social a los tecnócratas y su modelo neoliberal, hasta el Desarrollo Sustentable que enarbola el Presidente Ernesto Zedillo Ponce de León, nos lleva a reconocer que la historia se da en un proceso cíclico y en espiral, no lineal, es decir, involucra en conjunto de fenómenos internos y externos que se presentan en el instante del hombre y la humanidad lanzándolo a la aventura de iniciar y cerrar ciclos cada vez en mayor nivel de

perfección y al mismo tiempo le brinda la posibilidad de descubrir, de buscar alternativas, de ampliar su horizonte de desarrollo que debería ser en un sentido de fraternidad solidaria con el hombre que todavía no conoce pero que algún día será y merece recibir una oportunidad mejor presentada que la nuestra.

También nos invita a meditar que la ruptura y la negación siguen, de alguna manera, identificando al mexicano, que es lo que no quiere ser, o que ya se acostumbró a no ser; es pendenciero y se burla de la muerte, lo que en realidad oculta temor o miedo; celebra con fiestas ruidosas, acaso para no darse cuenta de su soledad o del sin sentido de su vida; en la misma perspectiva un funcionario o algún empleado primero asumen una actitud servil y ya conseguido su propósito, actualizan las actitudes que con ellos tenía el que aprovechaba su servilismo; el maestro se olvida que es educador, formador y sólo instruye considerando además que el alumno es un potencial competidor, por

tanto es menester que conozca lo menos que se pueda.

Personal y socialmente tenemos muchos problemas, pero ¿es que no hay solución para ellos? ¿Podemos apuntar como solución el consolidar una identidad nacional?

La identidad es lo que me hace ser yo mismo y no otra persona. Es un valor trascendente que perfecciona mi ser. Es mi oportunidad de trascender, aquí y ahora, protagonizando mi historia para que la de la humanidad se enriquezca.

La identidad es un valor alcanzable pero trascendente; preferible pero objetivo, esto es, aunque voluntariamente cada uno quiera permanecer en la negación de ella o por sus circunstancias así se presente la situación, la identidad es en cuanto valor, sin que dependa de que lo acepte o no, lo conozca o no, lo niegue o lo relativice.

La identidad es personal pero participa de la bidimensionalidad humana, por tanto se hace social, y como social se refiere también a una

nación, por lo que es común escuchar que se hable de identidad nacional.

¿Qué es la identidad nacional?

José Joaquín Blanco afirma que: "... lo que reconocemos como identidad nacional, no es lo que somos hoy. Ya no somos, por supuesto, si es que alguna vez lo fuimos en realidad, esas pintorescas estampas de una tierra de volcanes, del faisán y del venado, o del nopal con águilas entre jaguares y serpientes. No somos pequeñas, dulces, inocentes comunidades campesinas en artísticos pueblitos de juguetería, retratadas por un camarógrafo esteticista al salir de misa, no somos los cristos crucificados sobre sangrientas coatlicues, ni calaveras y peyote con iluminación indirecta... Ni una charrería de lujo con indias bonitas entre la pirotecnia de los gallos..." [6]

La identidad nacional es reconocer que las dos diferentes civilizaciones que dieron vida a México tuvieron dos proyectos contra puestos o

[6] BLANCO, José Joaquín. Cuando todas las Chamacas se pusieron medias (y otras crónicas), Juan Boldo. Editorial Enjambre, México.

quizá dos propuestas no comunicadas en un plano dialógico que permitiera superar en otra perspectiva, las contradicciones generadas y todavía no superadas.

La identidad nacional es aceptación de que el territorio, población y gobierno de la República, no sólo son los elementos que integran el Estado, sino los espacios de desarrollo del amor a la Nación y del patriotismo como expresiones de nuestra naturaleza buena por ser producto del amor y de la nostalgia del amor con que el hombre peregrina en la tierra, que la hace tratar de ser el nombre personal de una esperanza humana.

La identidad se basa en las raíces culturales ¿Por qué? Porque son la realidad de búsqueda de cada hombre, de cada comunidad, de la propia humanidad.

Empero, se enfrenta ahora a un problema mayor que es la universalidad de la cultura provocada por el gran desarrollo tecnológico de los medios de comunicación y la liberación mercantil; también se agrega que la razón

humana es considerada como el criterio y la medida de la verdad, negando una verdad absoluta o superior a ella y además se procesa una civilización de la indiferencia a uno mismo, al otro, a la comunidad, a los valores, asumiendo en un plano escéptico lo que se observa, generando una cultura de la muerte disfrazada de antropocentrismo axiológico, de filantropía, de humanismo sin absoluto, de libertad sin garante ni cauce.

Esto nos enfrenta de nuevo a la pregunta de fondo, a la interrogante que persigue el fin último: ¿Qué sentido tiene la vida? Si algún sentido tiene, ¿acaso necesita de valores éticos? ¿Qué valores éticos pueden ser la base para fundarla? Y puede ser que, como Paul Poupard sintamos la necesidad de redescubrir los valores éticos para dar estabilidad a la sociedad y para ofrecer motivaciones válidas a las personas, siempre a la búsqueda de un sentido que dar a la propia vida, partiendo de encontrar un rostro auténtico como principio de identidad.

En el hoy de México es necesario que advirtamos el peligro que representan el consumismo, la eficiencia, el cientificismo y la pluralidad.

El consumismo, con la máquina publicitaria que nos agobia, nos lleva a crear nuevas necesidades que no son tales, pero que hacen del consumo un fin en sí mismo, compramos por el sólo hecho de ser algo nuevo: un traje para el otoño, el vehículo último modelo, lo más reciente para bajar de peso, la charlatanería y superstición que ofrece la apropiación aquí y ahora del futuro, de los bienes, de las personas, de dios, las nuevas ideas de explotación de la clase trabajadora, el nuevo proyecto de globalización económica, las propuestas jurídicas en materia de derechos humanos aun cuando posean un contenido no precisamente respetuoso de la dignidad de la persona, las modernas justificaciones y técnicas de eliminación de la vida humana más indefensa, los absurdos de los modernos grupos de rock, la “gran idea” de una

cultura planetaria sin necesidad de contar con identidad...

Por su parte la eficiencia no pretende tocar la conciencia humana, sólo le interesa el sujeto – objeto de producción; en la medida en que el hombre es homo – faber productivo, se le reconoce identidad y lugar de privilegio o por lo menos de "aceptación" en el grupo; pero cuando por las contingencias de su existencia se ve imposibilitado de prestar sus servicios, entonces es marginado, rechazado y algunos de "buen corazón" crean a su alrededor la ilusión de que la seguridad social le permitirá aprovechar los días que le quedan de vida en su encuentro intrapersonal. "La terrible lógica del consumo – producción amenaza al hombre en su misma humanidad, con el riesgo de aplastarlo de manera irreparable." [7]

El cientificismo, todavía en nuestra época, exalta a la ciencia como única verdad y única realidad; junto con él la tecnocracia enaltece el

[7] POUPARD, Paul. 1997. DIOS y la Libertad. EDICEP, España.

poder de la técnica que somete al individuo a su arbitrio y a su necesidad de ampliación en un impulso tecnológico y hasta cibernético. Es preciso que los hombres de ciencia se hagan conscientes de los límites de su saber superespecializado, conocedores como son de los principios de la relatividad y de la provisionalidad; no podemos seguir haciendo como que el sufrimiento y la muerte no existen, como que la identidad no es necesaria, como que los valores no existen, como que se han perdido y nadie los puede encontrar o simplemente son un medio de control cientificista; como que el amor y la esperanza han preparado su equipaje y decidido partir de esta tierra a una más prometedora.

La pluralidad, parte de uno de los postulados fundamentales de la cultura moderna que es la autonomía del hombre y del mundo, considerando al hombre por lo que tiene, produce o consume pero no por lo que es. De la misma manera se abre tanto el abanico del ambiente plural que se corre el riesgo de que el hombre se

erija en su propio absoluto, en su propia medida, en su propia isla, con su propio nombre y sus particulares circunstancias, produciendo en consecuencia éticas de la situación, decisiones por mayoría en cuestiones que no admiten tal proceso, disfrazar con nombres elegantes los graves atentados a la dignidad de cada persona y la fractura del principio de solidaridad que como raza nos debemos los humanos.

Todo esto expone al hombre, y en nuestro contexto particular, al hombre mexicano, al riesgo, ya dolorosamente vivido o absurdamente esperado, de ser manipulado por objetivos de dominio económico y político, de apreciar una cultura hedonista, buscando el placer por sí mismo, no como fruto del amor; se intenta disfrutar, no dar y menos darse; se mira al otro como un medio, siendo que “el hombre trasciende infinitamente al hombre”; se llama amor al simple intercambio de servicios, bienes y prestaciones, pero no a la reciprocidad de la donación interpersonal. Se ha acentuado el individualismo

quitando responsabilidad al sujeto, haciéndolo libre con la esclavitud de la inauténtica libertad.

No todo nuestro panorama es desolador; todavía hay seres humanos que se reconocen como personas con dignidad y que intuitiva o claramente, apuntan a la unidad basados en el ser uno mismo aceptando su historia y más que eso, aceptando que el hombre es la historia.

Los mexicanos estamos ante muchos cambios; se plantean desafíos de lo evitable y de lo inevitable; surgen imperativos de respeto y promoción, de no conformarse con el decir y callar, sino de volver al análisis de las causas de los acontecimientos "... y convertirnos en portavoces de la inhumanidad iniciando un programa de emergencia partiendo del hombre concreto. No se trata de tomar conciencia de que es preciso ser el portavoz de la "humanidad" sino de sabernos atrapados en sus entrañas..." [8] No se trata de que el mexicano se relacione con los demás a manera de engrane de máquina

[8] MORATALLA, Agustín Domingo. 1997. El Intelectual Católico ante el Fin de Siglo. IMDOSOC, México.

conformándose con ser parte de una masa irreflexiva o de una masa reflexiva, criticona y sin compromiso, sino de que desde él mismo, de sus personales circunstancias y aún a pesar de ellas, se proponga y proyecte la necesidad de un rostro nuevo, o más bien, de un verdadero rostro que identifique al mexicano y que en realidad lo haga libre.

Los problemas que existen en el mundo ya involucran a México y requieren de que establezcamos compromisos reales con la sociedad. Muchos de ellos se resolverían o posiblemente ya no serían problemas si tenemos identidad personal y nacional, lo que implica no caer en los falsos nacionalismos que enmascaran y frustran, sino en el equilibrio de ser y trascender.

¿Cómo lo podemos hacer?

Este es el desafío inevitable que en una cultura de responsabilidad nos marca una dirección de trascendencia.

Ya lo hemos vivido, cuando perdemos de vista nuestro origen y nuestro fin, el cáncer de la corrupción lacera al hombre y a sus instituciones.

Por tanto, es preciso construir la sociedad como comunidad integrada por comunidades pero, partiendo de la persona humana, como plataforma en la que se pueden encontrar los hombres de buena voluntad con interés recíproco para asumir aquellos valores éticos que deben estar a la base de una sociedad que quiera ser humana y que quiera no sólo gozar de, sino vivir con identidad.

Es preciso que el hombre mexicano le dé un nuevo sentido a la ruptura y a la negación, transformándolas en puente histórico y aceptación plenamente asumida; para ello se requiere que reconozca el valor de todas sus instituciones porque surgen de sus necesidades, no estableciendo ya una guerra frontal contra ellas, como ha podido suceder con la institución religiosa; “el fenómeno religioso constituye un evento verdaderamente histórico y su influjo en el

comportamiento humano constituye un verdadero mensaje que debe ser interpretado." [9]

Gracias a su sentido y experiencia religiosos, el hombre se da cuenta de que no es un ordenador que almacena datos y acumula información, sino que es un ser capaz de elegir, de dialogar y de amar.

Por eso es necesario que el hombre mexicano se eduque con sentido crítico y creativo, con un contenido eminentemente ético, lo que le permitirá tomar opciones libres y responsables en esa dirección trascendente que no lo aniquila sino que le da vida; que no lo extravía sino que lo encauza, lo identifica, lo hace un hombre de fe y esperanza.

Cada mexicano con sus circunstancias tiene la oportunidad de empezar ya la obra de consolidación de la búsqueda en el encuentro de un rostro, de su ser integral; no puede esperarse más a que "ellos" o los otros tomen la iniciativa; no puede darse el caro lujo de empezarlo a hacer

[9] POUPARD, Paul. 1997. DIOS y la Libertad. EDICEP, España.

mañana, sino hoy, aquí y ahora, en este contexto, logrando ser una persona con identidad que recrea, innova, transforma, critica y construye; que clarifica y se apropia los valores trascendentes reconociendo que lo liberan de la orfandad porque en DIOS le dan un padre y una madre, una dignidad y convergen en una identidad definida porque el absoluto "... es la parte más interna de nuestro ser, nuestro fundamento: siendo la distancia infinita es al mismo tiempo, la proximidad más cercana..." [10] Su fuerza creadora me hace llegar a ser yo mismo y existir en mi mismo con capacidad de recreación que me hace un ser social que se realiza plenamente en la comunión religiosa, en la comunión con los otros y en la comunión con lo creado.

Debemos aprender a ser originales, que si bien estamos hechos primordial y fundamentalmente para la cultura, estamos convidados a vivir una cultura de la persona que

[10] Ídem.

equilibre inmanencia y trascendencia, que no se aísle en un yo conmigo, sino que se abra a un TÚ que hace posible el "NOSOTROS", es decir, en un sentido de festiva fraternidad, de solidaria proyección, superar la vivencia de colectividad con la de comunidad que se recrea y proyecta.

Es enorme la tarea pero mayor la posibilidad de consolidación de la diversidad en la unidad si cada mexicano ES Y TRASCIENDE...

¿ ESTÁS DISPUESTO?

Marcelino Trujillo Méndez

No se permite la reproducción parcial ó total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión ó la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros medios, sin el permiso previo y escrito del autor y editor